

www.puntodelectura.com

GONZALO TORRENTE BALLESTER

Off-side

punto de lectura



Gonzalo Torrente Ballester (Ferrol, A Coruña, 1910-Salamanca, 1999), profesor, periodista, crítico, dramaturgo y novelista, es uno de los más notables escritores españoles del siglo xx. Entre su extensa obra destacan la trilogía *Los gozos y las sombras* (1957-1962), *Don Juan* (1963), *Off-side* (1968), *La saga/fuga de J. B.* (Premio de la Crítica 1972), *Fragmentos de Apocalipsis* (Premio de la Crítica 1977), *La Isla de los Jacintos Cortados* (Premio Nacional de Literatura 1981), *Filomeno, a mi pesar* (Premio Planeta 1988) y *Crónica del rey pasmado* (1989). Miembro de la Real Academia Española desde 1975, recibió también, entre otros muchos, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1982 y fue el primer novelista español galardonado con el Premio Miguel de Cervantes, en 1985.

www.gonzalotorrenteballester.es

GONZALO TORRENTE BALLESTER

Off-side

Título: Off-Side

© 1969, Gonzalo Torrente Ballester

© Herederos de Gonzalo Torrente Ballester

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: septiembre 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2115-0

Depósito legal: B-32.726-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Jesús Acevedo

Diseño de colección: Jesús Acevedo

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A Marisa y Juan
a falta de algo mejor*

Capítulo 1

Galileo —lo sabemos todos— sacó a la Tierra de su lugar central en el Universo, e inició con ello una apertura indefinida, en el Cosmos cerrado de la Antigüedad y de la Edad Media, a las nuevas dimensiones del Universo sideral. Como consecuencia de esa primera revolución, la Humanidad anclada en el planeta Tierra se sintió perdida en la inmensidad del espacio. Darwin convirtió al Hombre en resultado de una evolución que, según él, comenzaba con los primeros pasos de la vida sobre la Tierra: el Hombre se sintió ahora perdido en el nuevo laberinto del Tiempo. Y Marx, finalmente, sustituyó la teoría por la praxis, la contemplación del mundo por su transformación; todos conocen aquella famosa Tesis XI sobre Feuerbach: «Hasta ahora, los filósofos se han ocupado solamente de comprender la Realidad; lo que importa es transformarla». A la vieja marcha de la Humanidad hacia arriba, se opone, pues, ahora, una nueva marcha de la Humanidad hacia delante.

Es la voz de un cura joven, que separa las palabras por pausas breves y que termina las frases con cadencias de claro origen catalán; una voz agradable, incluso musical, que no logra, sin embargo, desalojar la preocupación común por lo mal que van las cosas, por lo poco que se vende, por la inundación de falsificaciones acontecida

durante los últimos meses. Ya no puede uno fiarse de nadie ni de nada, y menos mal si los que compran son extranjeros, que se lo llevan sin exigir más que apariencias. De modo que en la mayor parte de las tiendas se producen simultáneamente cambios de onda y búsqueda de programas más apropiados para acunar las meditaciones sobre la realidad de un invierno que se presenta oscuro. Así en el local donde tiene su compra y venta la viuda de Peláez —de soltera, Ramona Huerta; para los íntimos, Moncha—. Muebles, espejos, loza y cristal, porcelanas, cuadros. Hay también cachivaches sin significación: retales de tela, montones de grabados, lámparas de estilos varios pendientes del cielo raso. Al fondo, una escalera que comunica la tienda y el almacén. La tienda está en penumbra y el almacén a oscuras. Junto a la puerta vidriera, la viuda de Peláez columpia en una mecedora de rejilla sus carnes prietas, metidas en una bata negra que las pone de relieve, ceñido el talle con cinturón de santa Rita cuya correa se mece al aire filtrado por la puerta. La viuda de Peláez envuelve el torso en un chal de lana peluda, y escucha, con los ojos cerrados, la lluvia que golpea los cristales. A la altura de su oreja, encima de una consola, la radio de transistores canta por lo bajines un cuplé picaresco de los felices años. La viuda de Peláez menea el pie al compás de la canción, y el corazón se le columpia al compás de los recuerdos:

*En la playa se bañaba
una chica angelical,
y acariciaban las olas
su figura escultural.*

La voz dengosa de Sarita Montiel deja el aire transido de cachondeces insinuadas que alcanzan al mismo tiempo la medula de Moncha y ese lugar secreto de su alma donde yacen los deseos reprimidos. A la viuda de Peláez, «Compra y Venta», se le levanta el pecho pausadamente, mientras entorna los ojos y balancea la mecedora con leves, aunque enérgicos, empujoncitos del pie derecho. «Señora, si usa “Perfil” en su colada, montañas de espuma limpiadora dejarán su ropa suave y fragante como la piel de un niño, como un pétalo de rosa en una mañana de primavera. “Perfil”, el rey de los detergentes...» La señora viuda de Peláez inicia un paseo, en bikini y con sombrilla, por las rubias, por las cálidas arenas de la playa. Largos, ávidos dedos abisales surgen de la rompiente y acarician sus hechuras. La señora viuda de Peláez sale a todo color, y envuelta en espuma limpiadora, en la contraportada de «Life»; un coro de nudistas escandinavos canta a su alrededor «Tápame, tápame», mientras allá a lo lejos, a caballo de las olas, Afrodita Anadyomena tripula un fueraborda.

Delante de la tienda se detiene un automóvil reluciente de lluvia, con franja roja y un número debajo: el 227. La viuda de Peláez ha abierto los ojos y lo contempla a través de los cristales por donde la lluvia resbala haciendo movedizos los contornos. El conductor se apea y empieza a desatar un bulto chato que trae aferrado a la baca. La viuda de Peláez apaga el transistor y despereza el torso: su regreso a la realidad se opera brusca pero eficazmente. Los ojos espabilados se mueven con presteza, y pronto están al cabo de la calle. Se abre la portezuela y asoma un pie pequeño seguido de unos pantalones negros.

El pie parece buscar un sitio seco, y acaba por apoyarse en el borde fangoso de la acera. Salta una chica vestida de un *duffle-coat* oscuro, con la capucha echada. El conductor baja el bulto con muchas precauciones y lo deja apoyado en la cristalera de la tienda. La chica saca dinero y paga. El conductor lleva la mano a la gorra, sonriente la cara chuleta. La chica se acerca a la puerta, y abre: penetra una ráfaga fría con gotas de lluvia que estremece a la viuda. Entre el chófer y la chica meten el bulto en la tienda. La viuda se ha puesto en pie. La chica habla con acento extranjero:

—Buenas tardes. Me recuerda, ¿verdad?

—Claro que la recuerdo. ¿Cómo le va?

—Ya ve. Le traigo esto.

Señala el bulto con un gesto del morrito, más bien chatungo. El chófer, con la gorra en la mano, dirige a las mujeres una mirada calibradora y se detiene en la jamona.

—¿Manda algo más?

—No, muchas gracias.

—A usted. Que haya suerte.

El chófer sale y se pone la gorra. Las hechuras de Moncha ocupan unos instantes su imaginación. La chica cierra y mira alrededor. La viuda le señala una silla.

—Siéntese, vendrá cansada.

—No, pero me sentaré. Gracias.

Se deja caer en el asiento y monta la pierna derecha. Lleva calcetines rojos, gruesos, y, debajo del abrigo, un suéter negro.

—¿Qué trae ahí?

—Un cuadro, claro.

—Grande, ¿eh?

—Sí, un armatoste viejo.

—Hace tiempo que no venía.

—Estuve fuera, en mi tierra.

—En Inglaterra, ¿verdad?

—No. En Austria.

—En Austria, sí. Lo había olvidado.

La viuda mira a la chica y al cuadro, e intenta hacerse una idea de por dónde cae Austria. Se dibuja en su mente un mapa de contornos imprecisos, un país de localización incierta, inmediatamente sustituido por la imagen de «La Austriaca», no muy concreta al principio, pero inmediatamente perfilada y acompañada de nombres y apellidos: tiene de común con la chica el color del cabello y la oscuridad del atuendo, pero la chica es bastante más bonita y mucho más joven. La viuda cierra los ojos. Al recuerdo vacilante de doña María Cristina de Habsburgo-Lorena se superpone el de un joven húsar bailando «El Danubio Azul», el de una señorita rubia raptada por el oficial, el de un castillo junto a un lago donde esconden su amor, el de un regimiento de caballería que parte para la guerra, el de una joven abandonada que piensa en otro teniente... La viuda meneaba con pereza su mano izquierda, y la detiene cuando el dedo, apenas levantado, apunta al cuadro:

—Podemos quitarle eso...

—Como quiera. Claro, hay que quitarlo...

—Si me alcanza esas tijeras... Ahí mismo, detrás de usted.

La chica se vuelve, coge unas tijeras grandes y se las tiende a la viuda. El brillo de las guardas es mortecino, y a lo largo de las hojas ha caído el niquelado: los oros falsos

de una cornucopia se reflejan en la curva gastada. La chica envía a la viuda una media sonrisa que deja al descubierto un diente postizo.

—Usted sabrá hacerlo mejor.

—Por lo menos, estoy acostumbrada.

La chica se levanta. El borde del pantalón se le ha enganchado en uno de los calcetines: cae cuando ella adelanta la pierna.

—Pero puedo ayudarle.

Entonces, la viuda hace un esfuerzo casi infinito para abandonar la mecedora. La chica se aproxima al cuadro.

—Como quiera. No es más que una tela cosida...

—Ya se ve.

La viuda introduce las tijeras por un pequeño orificio, y va rasgando de arriba abajo, con cuidado, el hilván de puntadas grandes, hecho con bramante. A cada cuarta que rasga, se detiene, levanta la cabeza y mira a la chica, que la contempla con ojos quietos.

—Siguiendo así, por la parte del marco, no hay miedo de pinchar la tela.

—Claro.

—Ahora por abajo.

—No creo que haga falta.

Alarga el brazo, da un tirón, y la arpillera cae, arrugada.

—Así es más rápido.

—Con esta luz...

—Espere. ¿Quiere dar a la llave?

Con ademán fatigado alude a un lugar en el espacio. La chica sonrío, se vuelve y apoya el dedo en el primero de tres interruptores oscuros.

—¿Éste?

—No. El de arriba.

La chica alarga el brazo un poco más. El interruptor hace «clic», parpadean los tubos de neón, y la tienda se llena de luz fría, que empalidece el color de los rostros y saca al de la viuda inesperados matices verdes.

—Ya está.

La viuda contempla el cuadro. Se acerca luego, y acaricia la tela; se aleja y entorna los ojos.

—Parece de época.

—Es antiguo.

—Eso ya se ve.

—Está un poco sucio, pero una vez limpio...

La viuda no responde: mira el cuadro, remira.

—¿Cuánto pide?

—Quiero dejárselo en depósito, como otras veces.

Todo lo que pase de treinta mil, para usted.

La viuda arruga la frente, frunce los ojos y adelanta la mano con mitones.

—Mucho dinero.

—El cuadro es bueno.

—Allá usted. —Se encoge de hombros—. Pero treinta mil...

Se acerca una vez más, le da la vuelta al cuadro, palpa el dorso de la tela, sus dedos recorren la arista interior del marco, tocan los clavos.

—¿Trae hecho el recibo?

—Como de costumbre.

—A ver, que se lo firme. ¡Lo que pase de treinta mil! Mejor sería un tanto por ciento.

La chica abre el bolso, revuelve en su interior, saca una fotografía de buen tamaño.

—Vea.

La viuda recoge la fotografía; la compara con el cuadro.

—En regla: *He recibido en depósito, de la señorita Verónica Bruns, un cuadro de noventa centímetros por ciento ochenta, en buen estado, con marco dorado de época, deteriorado. El cuadro corresponde a esta fotografía en que se extiende el recibo. Firmado, Viuda de Peláez, Madrid, a siete de noviembre de mil novecientos sesenta y...* De acuerdo. ¿Me quiere dar la estilográfica? Ahí, detrás de usted, donde estaban las tijeras.

Una ráfaga sacude los cristales, la lluvia arrecia, los paraguas se inclinan contra el viento, y en las baldosas mojadas relumbran los faroles. Bajo la lluvia una fila de coches —preferentemente negros— espera a lo largo de la calzada. Cuando el de turno llega a la puerta del jardín, los invitados descienden, y el portero —provisto de paraguas— protege los abrigos de visón cuyas propietarias recorren de una carrera, o a saltitos, la vereda. Un felpudo de gran tamaño recibe los menudos pies —a veces grandes—, y los deja listos para pisar el bruñido *parquet* sin mengua de sus amarillos resplandores. Sin embargo, a continuación del felpudo hay una tira de alfombra colorada que absorbe los restos de la humedad. Al fondo del zaguán, un criado de frac y calzón corto y una doncella de cofia y mandil negros reciben abrigos y sombreros, entregan un cartoncito con un número y señalan el arranque de la escalera. Al final del primer tramo, un gran espejo recoge las figuras de los que ascienden:

primero, la cima de la calva o del perifollo; después, la cara y lo que continúa. Allí, la escalera se bifurca. El tramo de la derecha conduce a una puerta donde la embajadora y el embajador esperan. La embajadora lleva traje de *cocktail* negro con azabaches, firmado por Balenciaga. El del embajador es oscuro con finas rayas blancas apenas visibles, y lleva la marca de un sastre de Savile Row. Fernando Anglada se detiene ante el espejo, se arregla la corbata y asciende por el tramo de la derecha. Al pisar el décimo escalón sonríe, y la escalera se alarga, se alarga, hasta quedar remota la puerta de marco dorado y suntuoso donde los embajadores van a ser sustituidos sucesivamente por la reina de Holanda y el príncipe consorte, por Nikita Kruschev y señora, por el general De Gaulle acompañado de Jean-Paul Sartre y Brigitte Bardot, por la Corte Pontificia y el Sacro Colegio de todos los purpurados, incluidos los «in pectore», por otras parejas y otras corporaciones también ilustres. Al llegar casi al final de la escalera, Anglada hace una reverencia. La embajadora le responde con una sonrisa. El embajador, en aquel momento, está distraído. Fernando Anglada sube un poco más de prisa los últimos escalones. Sonriente todavía, tiende las manos y acoge en ellas la que le entrega la embajadora.

—*Oh, Mme. l'Ambassatrice! Que je suis content de vous revoir! Vous êtes plus charmante que jamais! Comment allez-vous, ma chérie? Oh, Monsieur l'Ambassadeur! Je viens d'apprendre que vous êtes en train de partir pour Washington. C'est dommage, mon cher, c'est un enorme dommage! Madrid se souviendra toujours de vous deux.* —Lleva a la boca los dedos apiñados de la mano derecha—. *Le couple le plus exquis de la diplomatie. Mais, je comprends, votre carrière...*

Un clérigo delgado, de rostro rubio y fino, parecido a Leslie Howard (que en gloria esté), asoma su mirada por encima del hombro desnudo de Madama. Lleva, sobre la sotana negra, una faja de color.

—*Mon cher ami l'Aumônier! Que je suis pressé d'avoir un très long entretien avec vous! Les derniers mouvements de la pensée théologique française m'intéressent surtout. Oh, l'admirable Père Congar! Gardez-moi le secret, mais je vous assure que les théologiens français ont sauvé le Concile.*

La embajadora y el embajador tienden las manos a nuevos invitados. El capellán escucha repetidos elogios del pensamiento teológico francés. Fernando Anglada, empujado suavemente, se mezcla a los grupos de los que ya han alabado a la embajadora y han mostrado su asombro ante las audacias de Yves Congar. Fernando Anglada sonríe, saluda. Hay un montón de caras de gesticulación sosegada o reprimida, con abundancia de sonrisas; generalmente se ven también los cuellos y los hombros: collares falsos, aunque discretos, corbatas italianas y, en algunas solapas, *le ruban rouge*. No es fácil averiguar lo que pasa por debajo de los hombros, si no es por puro azar, pero, en general, predominan los vientres abultados y los pechos de artificial osadía. Anglada, distraídamente, coge una copa de champaña que le ofrecen, pasa los labios por el borde y la deja en una consola.

—¿No bebes, Nandito?

Fernando Anglada medio se vuelve: a Curra Varela, copa en mano, le encoge los labios una sonrisa que parece mueca.

—Querida Curra, soñaba. Alguien me dijo que estabas en el campo. ¿Cómo marchan tus vacas?

—A rastras vendría a la Embajada, lo sabes bien. Champaña de marca, caviar, y la ocasión de hablar un poco de francés, que se me va enmoheciendo. ¿No bebes? ¿Es cierto que te anda mal el hígado, o es una vil calumnia?

Fernando Anglada parpadea, alarga la mano y coge la copa que le ofrece Curra; la lleva a los labios, pero no bebe. Se limita a introducir en el líquido la punta de la lengua y a paladear luego.

—*Bebe para mí solamente con tus ojos
y yo brindaré con los míos:
o deja un beso en el fondo de la copa
y no beberé más vino.*

—¡Qué cosas dices, Nandito! Ya no hay nadie en el mundo que deje de beber por un beso mío. Pero es muy bonito eso. ¿Lo inventaste tú?

—Cuando nosotros nacimos estaba ya inventado. Es una pena, querida, pero al nacer nosotros, las mejores cosas empezaban ya a gastarse. No hay nada nuevo, ni en el arte ni en placeres. La Biblia demuestra que los mayores pecados eran ya viejos en tiempos de Salomón. Hicieron falta, sin embargo, cinco mil años de cultura y de amor para que Ben Jonson pudiera escribir ese madrigal. Yo, tres siglos después, sólo puedo repetirlo. Todo está hecho.

—Pero no agotado, Nandito. Al menos, yo he podido gozar lo mío como si fuese nuevo.

—¡Dichosa tú! Yo no he tenido tiempo. Lo he consumido en hacerme a mí mismo. Y ahora, lo dilapido en

hacer que el dinero de los demás se multiplique. Soy una víctima, querida. Y empieza a fallarme el hígado...

Los invitados, a empujones, han desplazado a Curra y a Fernando del área de la puerta. Ahora están casi dentro del gran salón, de cuyas paredes cuelgan los tapices donde dos reyes enemigos van a trocar en amistad fraterna la enemistad tradicional mediante el canje de dos princesas enteramente comerciales. La gente charla a media voz. Todo el mundo tiene una copa en la mano derecha, y, en la izquierda, un canapé de algo. Se saludan enganchándose los meñiques, y las señoras simulan que se besan. Del rumor de las conversaciones destacan palabras sueltas, por su fuerza o por su brillo. Aisladas, balizan, sin embargo, temas de conversación: política internacional, finanzas, alta murmuración o galanteo. Los secretos se cuchichean al oído. Los elogios se dicen en voz alta. Los piropos se susurran. Curra Varela se empina sobre los pies e intenta aproximarse a la oreja más próxima de Anglada.

—¿Qué hay de eso de tu Embajada, Nando? Me ha dicho alguien que esperas el nombramiento de un momento a otro.

—Lo espero, pero, ¿llegará?

—Si hay alguien que lo merezca, eres tú.

—¡Merecimientos, merecimientos! ¿Han importado alguna vez los merecimientos en este país? Nada más hablarse de la cosa, y ya mis enemigos se han movilizado para estorbarla. Quieren acusarme ante el Gobierno de corruptor de menores.

—¡Qué horror, Nandito! Con lo caros que cuestan...

—¡Corruptor de menores, yo! Ganas de no conocerme. Porque un hombre como yo puede ser acusado

de cualquier cosa menos de homosexualismo, menos de pederastia, menos de corrupción de menores. Una estadística de todas las mujeres que he amado demostraría que sólo me gustan las de treinta para arriba, y, si es posible, un poquito *faisandées*. ¿Habría algo más soso que una menor de edad? Barbey dice una cosa preciosa a este respecto. Porque el amor, querida, no consiste solamente en ese poquito de placer que se consigue, a mi edad, a duras penas. Lo importante, lo encantador, lo difícil, es el *después*. Y *después*, en ese largo *después*, ¿de qué se puede hablar con una niña?

—Eres muy amable, Nandito. Me estás echando piropos.

Fernando Anglada ha vuelto la cabeza y sonrío a una dama espigada y caballuna, muy *racée*. Curra le da un golpecito en el hombro.

—No te distraigas, hombre. La pobre no tiene más que huesos.

—Pero su inteligencia es poderosa.

—Algún consuelo había de quedarle. Sigue con lo de la Embajada.

—No he perdido la esperanza, y hasta cuento con ciertas seguridades. Pero la lucha es feroz. Feroz... Quieren mandar al puesto a un honrado padre de familia, a un hombre en cuya mesa lo más exquisito que puede darse son los huevos *pochés*. Una familia patriarcal, comida sólida y monótona, un lecho immaculado, y agua bendita a todo pasto. Yo creo que han pensado en él como representante de la reserva moral de Europa, que, como todo el mundo sabe, somos nosotros. ¿No sería un disparate político? Además, el candidato de mis enemigos

no sabe hablar francés, no entiende de arte ni de literatura. Y yo no tengo más remedio que preguntarme qué entiende esa gente por un embajador en una gran nación civilizada.

—Pero tu mesa ha bajado de calidad desde que murió tu cocinera.

—¡Eres mala, Curra!

—Te lo digo con la mayor ingenuidad, y sin segundas. Pero lo he oído comentar. Tu cocinera fue un verdadero *cordón bleu*. Hasta en Washington se hablaba de sus salsas para la langosta.

—Lo mejor era su gran virtud, su acendrada fidelidad.

—Pero, hijo mío... —mira de reojo a Anglada— ¿no fue tu querida antes de ser tu mujer?

—¡Qué sabrás tú!

—Lo que sé es que ahora podías aprovechar la viudez para colocarte mejor. A un hombre de tu edad, ya no le va meterse en líos de menores. Necesitas una amistad sólida con una mujer situada. Cococha Ramírez, por ejemplo. Desde que ha roto con su jovencito, anda pachucha y melancólica, y le he oído decir que lo que necesita es un amor tranquilo. ¿Por qué no vienes un día de éstos a tomar el té a casa? Invitaría a Cococha.

—El marido de Cococha se sienta a mi derecha en los consejos de administración del banco.

—Razón de más. Si estáis unidos por lazos económicos, ¿a qué mejor podría aspirar para su mujer? Un hombre de tu solvencia... Ramírez tiene que darse cuenta de que Cococha, en el estado de ánimo en que se encuentra, corre el peligro de caer en manos de un desaprensivo que intente desplumarla.

—Ramírez, querida Curra, estima siempre que los dividendos son bajos, y que habría que orientar el banco hacia negocios más espectaculares. Una *liaison* con su mujer me dejará indefenso ante sus exigencias.

—¿Y a ti qué más te dan unos negocios que otros?

—No me lo permitiría Vargas, mi secretario: tiene ideas muy severas acerca de las inversiones.

—Pues mándalo a paseo.

—No sabes lo que dices, Curra. Mi secretario es un genio de las finanzas, la única persona en este mundo que piensa lo que yo, pero, ¿cómo te lo diría?, con mucha más claridad. Yo soy un hombre traído y llevado. La vida social, el arte, la literatura, la política... Todo eso roba tiempo. Mi secretario tiene el día completo para dedicarlo a los negocios. Confío en él como en un cerebro electrónico.

Curra suspira; coge, al paso de una bandeja, media salchicha pinchada en un palillo, y la muerde. La multitud inicia un desplazamiento lento hacia el salón vecino, como una especie de movimiento ondulante y migratorio que deshace los grupos, corta las conversaciones y reintegra a la masa las personalidades. El ruido amortigua los taponazos del champaña. La dama rubia que habla en inglés se queda con el complemento directo de una oración transitiva bailando en los lindos labios, y el caballero enjuto que habla en alemán no tiene a quien enjaretar la apódosis de una oración condicional, de contenido politicoeconómico, cuidadosamente elaborada. En el salón vecino, tras el *buffet*, una fila de criados ofrecen limonada, whisky con agua o seco, zumos de pomelo, y copas de tinto riojano a los originales. Los empujones

—suaves— establecen entre Curra y Anglada una distancia superior a un metro.

—Es una lástima, Nandito. —En voz indiscretamente alta—: Pero si te decides por los negocios espectaculares, acuérdate de mí. Cabalmente tengo unas pesetas que no sé qué hacer con ellas...

Un criado se aproxima a Anglada y le toca en el hombro suavemente.

—Señor Anglada, al teléfono.

—¿Al teléfono?

—Su secretario, señor.

Se produce un reflujo: una joven debutante de reputación perversa, hija de un marqués de cuarta clase —pontificio reciente—, suscita un círculo de golosos que aspiran a verla entera. Anglada y Curra están otra vez cerca.

—¡Ah, mi secretario! Cuando Vargas me llama, querida Curra, algo importante sucede en el planeta. Quizá sean noticias de Nueva York. Se hablaba de una sorpresa en la Bolsa.

—Vete con Dios, hijo. De todos modos, un día de éstos te llamaré. Estoy segura de que Coccocha me lo ha de agradecer. Ya cumplió los cuarenta, y a esa edad cualquier mujer está necesitada de ayuda espiritual.

Fernando Anglada atraviesa el salón abriéndose paso con sonrisas y saludos. En un pasillo se tropieza con el capellán.

—*Monseigneur! Que j'ai envie d'un long entretien avec vous! Un de ces jours, je vous téléphonerai. Il y a quelques choses que j'ai besoin de vous dire. Dans le secret le plus strict, vous comprenez! Grâce à vous, les théologiens fran-*

çais, l'Eglise finira par rougir au souvenir de l'Inquisition espagnole...

Anglada coge el teléfono. Deja de sonreír, se le endurece el rostro, adelanta la mandíbula.

—*Allo!* ¿Quién es?

—Vargas, señor.

—¿Qué pasa, Vargas? ¿Telegrama de Nueva York?

—Varios, señor. Pero ninguno de importancia.

—¿Qué es lo que sucede entonces, Vargas?

—Esa señora del Rastro, ya sabe, la que ha vendido al señor algunos cuadros. Dice que ha salido algo que puede interesarle, y que si quiere...

—Busque a Landrove, Vargas. Usted sabe que yo no me cuido directamente de estas menudencias.

—Ya lo hice, señor, pero Landrove no aparece por ningún lado.

—Avisé a la Policía.

—¿A la Policía? —la voz suena estremecida, temblorosa.

—¡Sí! Telefonee a la Social y pregunte por Endériz, de mi parte. Ya verá como dan con Landrove en menos de una hora.

—Lo haré así, señor.

La voz de Vargas se apaga. Sobreviene un silencio: el secretario no cuelga. Hasta Fernando Anglada llega el rumor de la gente que come salchichas y canapés de caviar y dice tonterías en todos los idiomas cultos. El pasillo donde está el teléfono se alarga a un lado y otro: paredes crema, puertas oscuras con tiradores de bronce, alfombra roja. No hay nadie.

—¿Algo más, Vargas?

—Como habíamos previsto, señor, se prepara un espectacular descenso del acero, pero seguido de un alza más espectacular todavía.

—¿Y qué haremos nosotros?

—Yo emplearía —la voz, ahora, es firme— todas las reservas del banco en una operación fantástica.

A Fernando Anglada le tiembla el teléfono en la mano, se le afloja el rostro y la mandíbula recobra su posición equilibrada.

—¿Todas las reservas, Vargas?

—Y todos los fondos en divisas. En total, alrededor de cincuenta millones de dólares.

—¿Y después?

—Controlaríamos el acero.

—Y Ramírez sería inmensamente rico, ¿no?

—Naturalmente, señor. Y todos los demás.

—¿Y a usted le parece justo que todos esos mastuerzos multipliquen sus cuartos gracias a nuestra inteligencia?

—Esas consideraciones, señor, no son de mi incumbencia.

—No, Vargas, no. De los fondos del banco, ni un solo céntimo. ¿Cuánto puede usted reunir de mi dinero particular?

—Millón y medio, en números redondos.

—Empléelo en acciones del acero para mí, ¿entendido? Solamente para mí. Si falla la operación...

—Jamás, señor. La baja se producirá mañana a la apertura, y el alza pasado mañana media hora antes del cierre.

Anglada cuelga. Se pasa la mano por la frente y suspira fuerte. Al cabo del pasillo, una ventana entreabierta

envía ráfagas frescas. Anglada se acerca y respira el aire húmedo. A través de los árboles desnudos llegan los resplandores fríos de los escaparates: un excedente de luz traspasa, hacia arriba, la masa de la lluvia, se suma a otros semejantes, forma con ellos un globo resplandeciente y difuso que envuelve la ciudad.

Las viejas campanas cascadas, los carillones nuevos, los relojes administrativos dan testimonio público de que son las ocho y media: el de la cafetería «Manhattan», en la Cabecera del Rastro, va, sin embargo, adelantado. Las lámparas de neón deducen violentos resplandores de las superficies niqueladas. Mesas de tubo y de materia plástica, sillas haciendo juego, un futbolín. Espejos deformantes, serrín en los suelos, vidrieras empañadas. En un lienzo de pared, sobre fondo verdoso, perfiles de rascacielos en negro, rojo y sepia. Anuncios del helado de la casa, de «colas» variadas, de valdepeñas a granel. «Beba usted menta.» Y menta es justo lo que bebe Domínguez, sentado ante la mesa más alejada de la puerta. Tiene el abrigo puesto, pero el sombrero verde con pluma de perdiz en la cinta reposa en el asiento de una silla. Domínguez juguetea con el pie de la copa; lo coge con los dedos pulgar e índice, mientras el meñique se le dispara en libertad. Domínguez es grande y fofo. Un bisoñé rojizo disimula la calva. Los párpados son gruesos, como los labios. Sobre la piel verdosa, el color de las mejillas parece colorete. Se ata al cuello una bufanda celeste. El barman maniobra en los grifos de la cafetera rutilante y saca de sus entrañas chorros sonoros de

vapor. El camarero —tupé negro ondulado encima de la frente— va de la partida de fútbol que juegan dos mozalbetes a la partida de parchís que están jugando dos matrimonios de cierta edad. Música apagada de tocadiscos automático.

En la puerta aparece Verónika Bruns. Trae caída la capucha, y, al entrar, se sacude las gotas de lluvia. Va derecha al rincón donde está Domínguez. A su paso, el camarero la contempla y cambia una mirada con el barman. Los chicos del fútbol discuten una jugada.

—Ya estoy aquí.

Domínguez la examina. Verónika deja encima de la mesa un paquetito envuelto en un papel, y empieza a despojarse del *duffle-coat*. Al descubrirse los pechos apuntados, Domínguez hace una mueca, y su mirada busca, en el fondo, la silueta jacarandosa del camarero.

—¿Y qué?

—Hecho.

El camarero se acerca calmosamente. Mira al uno y al otro, y en la luz de sus ojos se esboza una sonrisa. Los chicos del fútbol disputan, y el barman se ha inclinado sobre un diario de la tarde abierto por la Sección de Deportes.

—¿Qué va a ser?

—Uno con leche.

El camarero se aleja hacia la barra. Las señoras del parchís parecen no estar de acuerdo con el movimiento de las fichas, y lo manifiestan con voces altas, agrias, cascadas.

—¿Has comprado algo?

Verónika deshace el paquete, y queda encima de la mesa una Virgen de palo, toscamente tallada, con el Niño

en las rodillas y una bolita como un garbanzo en la mano del Infante. Domínguez coge la talla y la levanta hasta la altura de los ojos.

—Trabajo de principiante.

—Me costó poco.

—¿Fue indispensable?

—Me quedé un rato. Charlamos. La Virgen estaba allí, entre un montón de tallas parecidas. Me gustó.

—Tienes la sensibilidad de una turista americana.

—Aparta con asco la talla—. ¿Telefoneó la viuda?

—Al señor Anglada, claro.

—¿Y qué?

—No estaba en casa.

Verónika da vueltas en la mano a la talla de la Virgen, el camarero deja en la mesa una taza de café con leche, mitad y mitad; los chicos del fútbol han quedado en silencio, los matrimonios de cierta edad terminan la partida. Asoma un ciego su jeta por la puerta y vocea los quince, los veinte iguales.

—¿Te preguntó algo del cuadro?

—Que si era mío, que de quién era, que si estaba catalogado.

Verónika rompe el envoltorio del azúcar, lo echa en la taza humeante, y revuelve con parsimonia. El ciego de los «iguales» se aproxima a la mesa, ofrece la fortuna y marcha hacia el mostrador: lleva gafas negras, y su cuello se estira y tuerce en posición violenta y quieta: las tiras de la fortuna le cuelgan de una solapa, sujetas por un imperdible.

—Lo que dijo también es que prefería un tanto por ciento fijo sobre el precio de venta, fuese cual fuese.

—¿Y tú?

—Que lo importante era venderlo, y que ya hablaríamos.

Domínguez apura los restos de la menta, se relame, apoya las manos en la mesa y se incorpora. Verónica da unos sorbitos al café.

—¿Irá ahora mismo?

—Ahora mismo, claro.

—¿Y no resultará sospechoso?

—Sé hacer las cosas.

Saca la mano del bolsillo y deja en la mesa una moneda de diez duros.

—Paga el gasto y coge un taxi. No tardes en ir a casa. A Miguel lo encontré esta mañana un poco raro.

Domínguez se sube el cuello de astracán y se encasqueta el sombrero. Al pasar ante la barra del bar mira desvergonzadamente al camarero, le hace un guiño, y sale. Al camarero se le crispan las manos contra la barra.

—Parece una vieja.

—A mí estos tíos...

—Cállate.

—En cuanto a ella, que nos dejasen solos; ya vería.

El camarero cierra los ojos y queda a solas con Verónica. Una de las señoras del parchís exige a su marido que compre al ciego una tira completa del 803, pero el marido parece más bien reacio.

—Si me diesen ahora todo lo que he gastado en loterías, podríamos comprar un cochecito de segunda mano, o pagar el traspaso de un pisito exterior. Sólo los idiotas jugamos a estas cosas.

Domínguez baja, calmoso, por la Ribera de Curtidores. Una cortina de niebla cierra el horizonte, y el suelo

está cubierto de barro fino, pisoteado, resbaladizo. Los tenderetes de la calle aparecen, en su mayoría, levantados. Un vendedor vocea «Pueblo» y «El Alcázar». Hombres, mujeres y niños retiran las mercancías de la acera. Llueve, y los paraguas tropiezan, se enganchan, se estorban.

—¡A ver si anda con cuidado, señora!

—Pues usted bien podía mirar dónde pone los pies.

Domínguez se detiene ante el escaparate de la viuda de Peláez, «Compra y Venta». A través del cristal la ve —frescachona, despampanante— en diálogo con una mujer de luto. La viuda manotea, y los brazos escapan, blancos, rollizos, a la protección del chal. Domínguez tuerce el morro. La otra mujer sostiene bajo el sobaco un paraguas cerrado y con la mano muestra un objeto de color azul, de forma aproximadamente cúbica. Cuando le da la luz, resplandecen sus oros baratos. Domínguez entra.

—Buenas noches.

La puerta, al abrirse y al cerrarse, acciona una campanita cuyo tintineo recorre la tienda y se pierde en la hondura tenebrosa del almacén.

—Buenas noches, señor. ¿Deseaba algo?

—Ver lo que hay.

—En seguida le atiendo. Un momentito.

La viuda sigue el chalaneo con la enlutada, que cuenta penas recientes y urgentes apremios de numerario. Domínguez se mete en el vericuetos de las mesas cargadas de cachivaches, de los taquillones, de los armarios, de los sofás; se para ante las vitrinas. En una de ellas descubre un rosario de azabache, una tabaquera con una miniatura

de Luisa Lavallière, una cajita de porcelana con los azules y las madre selvas de los talleres sajones.

—Ya voy, señor. ¿Le gusta algo?

—Ese rosario...

La viuda levanta la tapa de la vitrina, y sus dedos enganchan las cuentas ensartadas. Lo saca, lo balancea delante de los ojos de Domínguez.

—De los talleres de Santiago, auténtico y de mucha época. ¿Quiere verlo de cerca?

—Bueno, no hay inconveniente.

—Espere, que le daré una lupa.

Deja el rosario en la tapa de cristal y va en busca de la lupa.

Domínguez levanta la cabeza y examina con mirada experta los cuadros de las paredes.

—Ahí tiene. Vea qué trabajo. Está entero y no tiene ni una falta. ¿Y la filigrana de plata? Mírelo, mírelo bien.

Domínguez, con el rosario en la mano, se ha situado debajo de la luz y examina las cuentas una por una. La viuda no le quita ojo, y su mano derecha, apoyada en la esquina de una mesa, le tiembla un poco.

—¿Cuánto?

—Dos mil quinientas.

—Le doy justamente la mitad.

—Es una pieza única.

—Pero no vale más.

—Pagué por él dos mil.

—Si me hubiera consultado no lo habría hecho.

—Usted no estaba a mano.

—También es cierto.

—Se lo dejo en las dos mil.

Domínguez imprime al rosario un movimiento de rotación alrededor de su índice izquierdo, y en la pared, sobre los cuadros, gira la sombra.

—Mil setecientas.

—No puedo perder sesenta duros.

—Yo tampoco. —Deja el rosario en la superficie lisa más a mano—. Y de pintura, ¿tiene algo?

—Lo que ve. Ahora sale poco. Esta miniatura que es muy buena; esa acuarela. Aquella pareja de óleos, si le interesa, se la dejaré en las cinco mil, y van tirados.

Domínguez se empina para contemplar los óleos, dos paisajes románticos con marcos de oro y caoba. La viuda lo mira de reojo.

—Éstos, ya ve, valen bien los mil duros.

—¿Se los lleva?

—Los llevaré, aunque no sea más que para pensarla del susto.

—¿Del susto?

—No diga que no tiene el miedo en el cuerpo desde que ha quedado a solas conmigo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Eso me pregunto yo. ¿Por qué? Los atracadores suelen tener otro aspecto, y, si no son principiantes, saben de sobra que el dinero está en el banco, y que aquí no hay más que cosas difíciles de llevar.

Se desabrocha el abrigo, mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca la cartera. La viuda queda deslumbrada por los brillos del diamante que Domínguez lleva en el nudo de la corbata.

Domínguez saca un montón de billetes y aparta cinco verdes.

—Cuenta y mire.

—¿Le empaqueto los cuadros?

—A lo mejor aún encuentro algo más.

Perezosamente levanta la mano diestra y señala el cuadro cubierto de una arpillera que yace en un rincón, la viuda sigue la dirección del dedo.

—¿Y eso?

—Lo tengo casi vendido.

—¿Puedo verlo? Si no es indiscreción, claro.

La viuda se encoge de hombros y levanta un poco la cabeza.

—¿Cómo va a serlo?

Domínguez no se mueve. La viuda coge el cuadro con ambas manos, lo acerca, lo coloca encima de una silla, en lugar donde le pueda dar la luz.

—Si espera, traeré un caballete y podrá verlo mejor.

—No hace falta.

—Como quien dice, acaban de traérmelo.

—¿Y ya lo ha vendido?

—Le dije casi. Se lo ofrecí a un cliente antiguo, pero aún no tengo respuesta.

Tira de la arpillera y el cuadro queda al descubierto. Domínguez se aproxima un poquito, inclina la cabeza.

—Bonito, ¿verdad? Un poquito sucio, tal vez, pero bien conservado.

—¿Cuánto piden por él?

—Por encima de treinta, lo que me den.

—¿Se las dará su cliente?

—Es hombre rico.

—Me gusta. Vamos a ver otras cosas.

—Tengo aquí unos grabados...

Abre un cajón y saca unas láminas grandes, cuadradas. Domínguez las examina una a una, elige dos o tres.

—Y ¿le dan por el cuadro bastante comisión?

—Lo acostumbrado.

Debajo de los grabados aparece un trozo de damasco con galones; Domínguez lo saca del cajón.

—¿Y esto?

—Cincuenta duros.

—Le daré diez.

—¡Usted está loco!

—Le daré diez, y no los vale.

—Es más de un metro de damasco antiguo.

—Va en las sesenta pesetas.

—Siquiera en los treinta duros.

—Ni un céntimo más. —Se vuelve rápidamente y se encara a la viuda, que recula asustada—. Le doy, en cambio, cuarenta mil por el cuadro.

—¿Cómo?

El rostro de Domínguez cuelga fláccidamente; dos arrugas profundas hacen que su nariz resalte como entre unas nalgas descoloridas; en cuanto a la boca, unas veces se frunce como un repollo, y otras se abre, se estira, se agranda, y deja al descubierto una dentadura reluciente, de piezas chicas y armoniosas, con caninos apenas apuntados, apenas agresivos.

—Cuarenta mil, y hasta puedo llegar a las cuarenta y cinco. A condición de que acepte los dos mil duros que exceden como regalo personal.

—Usted está loco, señor. Me discute unos céntimos por el damasco, y ahora ofrece...

—Me gusta pagar por las cosas lo que valen. Ni una peseta más. Y el cuadro puede valer nueve mil duros. Pero si el propietario se contenta con seis, ¿a qué darle más que siete? Usted no tiene por qué decir lo que yo le he pagado. Diez mil pesetas para usted, y, del resto, su comisión.

—¿Tan buena es la pintura?

—A mí me gusta, y entiendo de eso.

—Tendría que consultar.

—Nadie le va a decir lo que yo no le diga. Cuarenta y cinco mil pesetas no es cantidad que suela pagarse por un cuadro. Aunque tuviera firma.

—A veces salen cosas...

—Eso era antes. Ahora, lo más que encuentra uno son Solanas pintados en el Portillo de Embajadores por un tal Federico. Éste es un cuadro bueno, no hay más que verlo. Pero si su propietario pide treinta mil, ¿no debemos pensar que sabrá lo que tiene?

Domínguez echa mano del rosario de azabache y vuelve a jugar con él. Su mano derecha va y viene, desde casi las narices de la viuda hasta el propio corazón: con tres dedos abiertos, con uno sólo, con el ventalle desplegado, siempre rápidamente. Los ojos de la viuda oscilan entre la rotación del rosario —que, al moverse, crea en el aire brillos oscuros— y la movilidad de la mano.

—Usted acaba de decir que no paga más que lo que valen las cosas.

—Tres mil duros no es diferencia en un cuadro de época. Depende de mil factores. El mercado de cuadros también baja y sube.

—¿Usted se dedica a esto?

—Colecciono.

—¿Compra y vende?

—Colecciono, nada más.

—El señor con quien estoy en tratos también es coleccionista. Ya le vendí otras cosas.

—¿Puede decirme el nombre?

—Pues... no estoy autorizada.

—¿Y ha discutido el precio?

—Le dije que todavía no vino a verlo.

—Yo se lo compro en seguida.

—¿Por qué tiene tanto interés?

—Como usted sabe, los aficionados a esto somos como los cazadores. Si podemos birlarle a otro una pieza... —Hace como si apuntase con una carabina a la dama del miriñaque plateado que figura en el cuadro—. ¡Pum, pum, pum!

La viuda vacila.

—Tendría que pensarlo...

Domínguez vuelve a sacar la cartera. Cuenta diez billetes y los coloca encima del cristal de la vitrina, justo encima de Luisa Lavallière.

—Aquí hay dos mil duritos para usted. No tiene más que cogerlos.

La viuda alarga la mano, la retira.

—¿Y el resto?

—Un cheque.

—No es costumbre...

—Ya lo sé, pero no voy a llevarme el cuadro ahora, ni siquiera los otros que le he comprado ya y que le he pagado en dinerito contante. En mi cuenta hay muchísimo más. Cobra usted el cheque mañana por la mañana, y a primera hora de la tarde vendré a buscarlo todo.

—Mi cliente es un pez gordo.

—Y usted ¿sabe quién soy yo?

Domínguez recoge los billetes, los sujeta con las puntas de los dedos y los acerca a las narices de la viuda: quien lo imagina vestido, sucesivamente, de ministro, de banquero, de obispo, de marqués, de *gangster*, de académico; pero, en todos los casos, el atuendo se ajusta a un enorme jurel inflado.

—No sólo no quiero ocultárselo, sino que tengo interés en que lo sepa. Así, cuando venga su cliente, ese pez gordo, podrá decirle quién le birló la liebre. Me llamo Salustiano Domínguez, y soy persona conocida. Cuando usted era una niña solía salir retratado en «Blanco y Negro».

—¡Ha visto una tantas caras!

Alarga la mano y coge los billetes.

—Si hace memoria es posible que recuerde la mía.

—¿Es político?

—Artista.

—¡Ah!...

En el fondo de su corazón, la viuda siente cierto respeto por los artistas, quizá porque no los entiende, o porque resulta más difícil encasillarlos que a los banqueros, que a los militares, que a los tenderos, que a los curas.

Una bocanada de aire espeso, caliente, casi tangible, se aplasta, al abrir, contra el rostro de Verónika. Cierra, se quita el *duffle-coat* y lo deja encima de un arcón, arrugado. El vestíbulo está en penumbra, lo alumbra una bombilla oculta en una lámpara de iglesia. Apenas se

ven, sobre el blanco de las paredes, los rectángulos oscurecidos de los cuadros, las manchas de las máscaras negras, la claridad apagada de los espejos, los oros tenues de las casullas. Atraviesa entre sillones de tapicería suave, entre consolas panzudas con tallas románicas y floreros metidos en fanales, entre enormes facistoles con libros de coro abiertos, entre armarios cargados de porcelanas, entre arcones labrados, sillas de cordobán, frontales de altar, fragmentos de retablos, panoplias, armaduras. Su cabeza roza las hojas de alguna begonia demasiado crecida, y, su brazo, las ramas alargadas de algún cactus. Abre a tientas una puerta y sale a un pasillo ancho, también oscuro, también sobrecargado de cuadros y cornucopias, también pesado de aire. Ya en su habitación, abre las ventanas, y respira unos instantes el aire fresco, mojado, del jardín. Hinchaba los pulmones una vez y otra, y recibe en el rostro salpicaduras de lluvia. El jardín termina en una tapia, y más allá se levantan los doce pisos de un edificio reciente. Contra la pared rojiza, sin ventanas, se recorta el contorno de los árboles. Matas trepadoras —buganvillas, madre selvas— se enroscan al entramado de madera verde. Verónica deja la ventana entornada y se echa en el diván-cama. Llegan, apagados, ruidos de automóviles, envueltos en el rumor de la lluvia, ruidos lejanos que acosan el silencio de la casa. Verónica cruza los brazos debajo de la nuca y pierde la mirada en las pinturas del techo: grupos de adolescentes desnudos en las esquinas, apoteosis radiante del efebo central, fragmentos de columnas dóricas, cipreses lejanos. En un rincón, Sócrates sonriente; se parece a Salustiano Domínguez.

Distraídamente, Verónika pone en marcha el tocadiscos. *Suite «El Gran Cañón»*: Top, tip-top, tip-top, tip-pi-top. Se yergue, abre la puerta, sale al pasillo. Top, tip-top, tip-pi-top. Verónika empuja, sin llamar, la cristalera del fondo, y entra en el estudio de Miguel.

—¿Estás?

Miguel, sentado en una banqueta, ante un tablero de dibujo, hunde la cabeza y levanta los hombros: las guedejas rubias le ocultan el perfil. Una lámpara flexible vuelca la luz sobre el tablero.

—Y tú, ¿has venido?

—Sí.

—¿Y el maestro?

—A lo suyo.

Verónika se acerca y mira por encima del hombro de Miguel.

—¿Qué haces?

Miguel señala una cartulina sujeta al panel con chinchetas.

—Proyectos.

—Pero ¿no eres tú ése?

—Claro. Y éste, y este otro, y algunos más.

Despliega ante Verónika media docena de sanguinas en que se repite el mismo rostro con ligeras variantes de pelo y barba.

—Estoy cansado de mi cara, ¿comprendes? Estoy harto de ver lo mismo cada mañana en el espejo.

Verónika le acaricia la cabeza.

—Me gusta mucho tu pelo. La barba, en cambio...

—Por lo que respecta al pelo, tengo libertad de cortármelo o de dejarlo largo. Pero en lo referente a la barba,

el maestro no transige. Dice que, si me afeito, no le pareceré yo mismo. Ando buscando una combinación que me guste, pero con barba.

Señala un libro antiguo, de retratos, abierto sobre el panel.

—Ahí hay modelos para todos los gustos. Hay algunos, románticos, verdaderamente bellos.

Verónika cierra de golpe el libro.

—¿Has pintado?

Miguel indica con un gesto el cuadro puesto en un caballete y cubierto con un lienzo.

—Un poco.

—¿Y qué?

Miguel, perezosamente, endereza el torso, se vuelve hacia Verónika, la mira; luego da la vuelta a la banqueta y queda ante ella de frente. Los brazos le cuelgan a lo largo del cuerpo.

—Me temo que no me dejará exponer. Y si paso este invierno sin hacerlo, este período de mi pintura quedará anticuado, y tendré que buscar otra vez...

—Buscar, ¿el qué?

—No se me ocurre nada. A lo mejor, es que no sirvo.

—¡No seas imbécil!

—El maestro jamás ha aprobado francamente lo que hago.

Verónika le vuelve la espalda y se deja caer en un sillón descolorido.

—Yo no entiendo gran cosa, pero pienso que deberías procurarte otras opiniones.

—De esta clase de pintura, aquí no sabe nadie. Todo lo que se dice son vaguedades.

—¿Y los pintores? ¿Tampoco entienden?

—Cada cual de lo suyo, y nada más.

Miguel salta de la banqueta y va a sentarse en el saliente del sillón. Echa a Verónika un brazo por los hombros y apoya la cabeza en el borde del respaldo.

—¿Cómo salió lo del cuadro?

—Por ahora bien.

—¿Lo has visto?

—Sí. La chamarilera, naturalmente, lo destapó. Representa una mujer antigua. Es muy bonito.

—¿Pintado por el maestro?

—No lo sé. —Alza los hombros—. Seguramente. Pero ignoro lo que se propone esta vez. Cuando me dejó, iba a la tienda, a comprarlo.

Miguel ríe.

—¿A comprarlo?

—Esto me dijo.

—Para colocar una de sus falsificaciones no necesita ponerla en venta.

Las manos de Miguel juegan con el cabello de Verónika. Ella cierra los ojos. Están así un rato. Brusca-mente, Verónika le mira. En el cuello alargado, tenso, se transparentan las venas azules.

—¿Sabes qué pienso? Que aunque abandonásemos al maestro no perderíamos nada.

—Soy incapaz de ganarme la vida.

—Podría trabajar yo.

—¿Quieres decir... que lo abandonásemos juntos?

—Eso.

—¡Estás loca! ¿Qué íbamos a hacer juntos? No pensarás...

Verónika se levanta de un salto y mira a Miguel con energía.

—Sí. Esto es lo que pienso.

—Pero ¡querida...! ¡Somos dos homosexuales!

—Podríamos dejar de serlo. Yo, al menos, podría. Miguel resbala del brazo del sillón hasta quedar en el asiento.

—Yo, no.

—¿Lo has intentado?

Miguel frunce los labios y deja escapar el aire con lentitud y ruido.

—¿Para qué? No soy un contaminado curable ni un neurótico. Además, mi talento es consustancial con mi homosexualismo.

—Eso es lo que te viene diciendo el maestro desde que has caído en sus manos.

—¿No te hace pensar nada el que haya descubierto ambas cosas al mismo tiempo?

—Es muy fácil convencer a un adolescente.

Se arrodilla y apoya la cabeza en las manos de Miguel.

—Estoy enamorada de ti.

—Eso no quiere decir gran cosa.

—Déjame hablar. Nada me importa, y estoy dispuesta a toda clase de pruebas. Como comprenderás, nada puede cogerme ya de sorpresa. Pero no soportaré más tiempo que el maestro siga sirviéndose de ti como amante y como conejo de Indias. Acabará por arruinarte como artista y hará de ti un guiñapo.

—Lo que soy, se lo debo.

—Y ¿qué eres? ¿Vas a aceptar por eso que, ya que te hizo, te destruya? Eres homosexual porque él lo quiso,

como yo lo soy porque nunca me han ofrecido otra cosa. Y pienso también que no tienes voluntad porque él no te permite tenerla, y que no sabes qué hacer con tu pintura porque él te obliga a hacer lo que le da la gana, y que la vida te da miedo porque él te ha inculcado el miedo a la vida.

—De un modo u otro, no podré vivir sin él.

Verónika se levanta, se aleja, queda frente a la pared, apoya en ella las manos.

—¿Y no hay nada que desees? —Se le oscurece la voz—. ¿No hay nada que te apetezca, fuera de...?

—Sí. Lograr pintar, eso es lo que quiero. Pero lo que quiero no lo alcanzaría jamás por caminos normales. Mi genialidad me impide ser normal, y tiene la anormalidad por condición. ¿No has observado nunca que cuando él se marcha de viaje no trabajo? El maestro alimenta mi anormalidad, que es como alimentar mi genio.

Verónika se acerca a la ventana y mira al jardín. Sigue lloviendo.

—Todo eso, ¿lo has descubierto por ti mismo, o te ha convencido él?

—¿Qué más da?

Verónika se vuelve bruscamente.

—Sospecho que quien pinta como tú, puede hacer cosas distintas de las que se le ocurren al maestro.

Miguel alza una mano con la palma abierta.

—Es el hombre que más sabe de pintura en el mundo. Nunca pude soñar con un maestro mejor.

Verónika cierra los puños y vuelve a mirar a los árboles y a la lluvia. Miguel deja caer la mano, camina unos pasos hacia la ventana abierta, y su mirada recorre, de

abajo arriba, la pared frontera, hasta la cima remota donde un enorme anuncio luminoso hace guiños azules a otros anuncios igualmente eminentes.

El departamento de María Dolores Indurain está en el rascacielos CIVESA. Tresillo ancho, alfombra persa, reproducciones de Picasso —época azul— en las paredes. Lámparas de hierro con pantallas de pergamino, y de cristal y porcelana con pantallas verdes y encarnadas. Juego de té danés, tocadiscos americano —estereofónico, H. F.—, un estante de libros encuadernados, asientos varios. Las paredes, forradas de madera, repiten, apagados, los resplandores de las lámparas.

María Dolores —pantalones de terciopelo negro, blusa verde camisera y cabellos cobrizos de tueste natural—, de espaldas al salón, mira a través de la vidriera. Tiene los brazos abiertos, las manos apoyadas en los marcos extremos de la ventana, y su cuerpo se asienta sobre una sola pierna mientras la otra se mece con negligencia arrítmica. Más allá del cristal hay un mundo de buhardillas, tejados y torres de pizarra: con buena visibilidad, los montes violeta cierran, al fondo, el panorama. Allá abajo, los coches van y vienen, los transeúntes pasan, las luces de los semáforos saltan del rojo al verde, y los guardias, metidos en impermeables blancos, parecen, desde lejos, espantapájaros indefensos al viento de rachas regulares. Un pequeño receptor de transistores, *Made in Japan*, introducido de contrabando, comunica las últimas imágenes deportivas del mundo entero. Suena el teléfono. María Dolores tarda

en acudir. Lo hace sin prisa, después de sentarse y de estirar los brazos.

—¿Quién es?

—¿María Dolores?

—Soy yo.

—Buenas tardes, María Dolores. Soy Enrique.

—Querido Enrique —con voz apacible—: te espero desde hace aproximadamente media hora.

—¡Cuánto lo siento, María Dolores! Un asunto inesperado...

María Dolores recoge las piernas, se arrodilla en el sofá, se sienta sobre las rodillas. En lo más alto del rasca-cielos de enfrente hay un hotel, en cuya piscina, caliente en el invierno, chicas de vida airada se están bañando en bikini por especial tolerancia de la autoridad competente. Una orquesta alterna el «twist» con el pasodoble totero, y, a veces, se interrumpe para que un botones llame por el micrófono a Mr. Well.

—Querido Enrique, ya son las nueve. ¿Vas a decirme que siga esperando, o puedo marcharme a un cine?

—Lo que voy a decirte resulta un poco raro. No iré a tu casa, pero te ruego que esperes.

—¿Para qué?

—No sé cómo explicártelo. En fin, tengo un amigo que desea visitarte.

María Dolores arruga la frente y frunce un poco la nariz. La sombra de una lámpara divide en dos mitades «La familia de saltimbanquis».

—¿Amigo mío también?

—No, y eso es lo malo. No es tu amigo, pero le gustaría serlo.

—Sabes perfectamente, querido Enrique, que no me agrada hacer amigos nuevos... salvo cuando no queda otro remedio. Espero que no sea éste el caso.

—Por eso no me atrevía... En fin, mi amigo, el señor Noriega, que está a mi lado, te suplica que hagas una excepción en su honor y lo recibas.

—No me suena ese nombre.

—Pues no debiera resultarte desconocido. Dirige una casa editorial y ejerce la crítica literaria. Joven, pero perfectamente serio. Quizás hayas oído hablar de «Noriega y Portanet, Confecciones y Géneros de punto». Es la firma de su padre.

—Mis relaciones con ese ramo son más bien escasas, Enrique, lo sabes de sobra.

Un poco más allá de la vía iluminada, en las callejas que serpean al pie de las torres de pizarra, empleadas del Metro, vendedores ambulantes, chicas de cafetería, oficinistas miopes, limpiabotas, echadoras de cartas, putitas de barrio escasas de clientela, entran en portales oscuros, reptan por escaleras estrechas, penetran en zaquizamíes húmedos, tosen, escupen, lloran, sueñan con pisos de renta limitada y con coches utilitarios para tomar el sol en la Casa de Campo los domingos por la tarde. Descansan un ratito en sus camastros, bajan a la cafetería de la esquina, cenan café con leche y un tortel, y, con las seis pesetas hurtadas a la alimentación, ingresan en cines de barrio, cálidamente oscuros.

—Te digo todo esto como podría decírselo al director de un banco si mi amigo Noriega estuviera necesitado de informes comerciales. Esto quiere decir que, además, lo garantizo yo.

—Bien. ¿Y qué?

—Te pido por favor que accedas a recibirlo.

María Dolores alarga el brazo y acciona el interruptor de una lámpara. «La familia de saltimbanquis» queda súbitamente oscurecida; toda la luz se concentra, ahora, en la mano y el vaso de Sabartés.

—Son las nueve y diez minutos.

—Noriega estará ahí a las nueve y veinte. Tiene coche a la puerta.

—Es el mejor título, ¿verdad?

—No me guardarás rencor por habértelo presentado.

—Pero te lo guardaré, en cambio, por haberme hecho esperar.

—Te pido mil perdones.

—Para otra vez no olvides que existe un aparato llamado teléfono, del que te has acordado hoy demasiado tarde.

Clic. María Dolores echa hacia atrás la cabeza y cierra los ojos. Después se levanta, apaga la TV y esconde el receptor bajo el sofá; enchufa el tocadiscos, abre el cajón de un mueble, rebusca. Saca, de un sobre, un microsurco de 33 revoluciones: «Le Quattro Stagioni», Op. 8, de Antonio Vivaldi, por la Stuttgarter Kammerorchester, dirigida por Karl Munchinger: sopla en la superficie negra, lo pone en el platillo, la música empieza a sonar. Un poco alto. María Dolores gradúa el volumen, entra en el cuarto de baño, se mira al espejo, se desnuda rápidamente. Hasta el cuarto de baño llega, como lejana, la música: *Allegro, largo, allegro*. María Dolores tararea mientras se arregla y se viste. Sale del cuarto de baño, cierra la puerta, entra en el dormitorio, enciende la luz, echa un vistazo, apaga, regresa al salón. Entre la «Primavera» y el «Verano» hay una

pequeña pausa. *Allegro non molto*. Las nueve y veinticuatro. Se oye el zumbador. María Dolores, tranquilamente, sale al vestíbulo y abre. El señor Noriega es muy alto, un poco más que María Dolores, y bastante joven. Trae pues-to un impermeable de seda, italiano, y, en la mano izquierda, una cartera de cuero virgen, salpicada de lluvia.

—¿Es usted María Dolores?

—Soy la señorita Indurain.

—¿Cómo está usted?

—Bien, gracias.

—Le estoy muy agradecido por haberme...

—¿Me da usted el impermeable?

—Con mucho gusto.

—La cartera también, supongo.

—Desde luego.

—¿Quiere pasar? —señala hacia la puerta del salón.

—Claro.

Noriega viste pantalones gris marengo, chaqueta de espiquilla gris claro, *sweater beige*, corbata color burdeos. Tiene en la boca y en los ojos una sonrisa perenne; su voz es grave y de tono bajo. María Dolores le empuja con suavidad.

—Entre.

Noriega se detiene a la puerta del salón y mira. La cortina del balcón es de terciopelo azul, y está medio corrida. Por debajo, los visillos, de un blanco cremoso, ocultan enteramente la vidriera.

—Bonita habitación.

—Gracias.

—Es una habitación destinada a revelar, al que sepa entenderla, la personalidad de quien la habita. Pero...

—Pero ¿qué?

—Puede ser, al mismo tiempo, una trampa o un engaño.

—¿Por qué?

—Éste es el salón de una universitaria rica que ha estado en París y que sabe seleccionar entre los gustos de la burguesía contemporánea. Los burgueses piensan que Vivaldi y Picasso redimen de ciertas monstruosidades morales. ¿También usted?

—De momento, no siento la menor necesidad de ser redimida. Picasso y Vivaldi me gustan.

—Ha elegido usted la época azul, con la que transigen hasta los más reaccionarios.

—Sin embargo, es la más socialista.

—Eso también es cierto.

Noriega avanza unos pasos. María Dolores le sigue. Está bien esa cortina azul; armoniza con las paredes y cae solemnemente, con caída de buena tela.

—¿Quiere beber algo?

—Tendrá whisky, naturalmente.

—Y valdepeñas.

—¿No tendrá vodka?

—Quizá.

—Prefiero vodka.

María Dolores abre un mueble antiguo que oculta un bar.

—¿Debo de pensar que su preferencia por el vodka traduce también una personalidad?

La sonrisa de Noriega se ensancha; sonrío con todas las piezas de la cara; y las manos, adelantadas, con las palmas abiertas, refuerzan la sonrisa.

—Le autorizo a imaginar lo que prefiera.

Mientras María Dolores sirve el vodka, Noriega se sienta en un sillón, estira las piernas y saca un pitillo de una petaca de oro que deja encima de la mesa. Los pliegues de los cortinajes son, sin duda, un excelente hallazgo, y, por mucho que cambien las modas, se apoyan en el principio invariable de que es hermoso y armónico el despliegue geométrico de los candiles, más apretados arriba, más abiertos abajo, como en abanico.

—Su cara no me es desconocida. Y creo que su voz tampoco.

—No he pasado la vida en el convento.

—Nuestro amigo Enrique me ha informado de que usted hizo estudios, pero ha olvidado decirme en qué universidad.

María Dolores le ofrece el vodka.

—En la de aquí, por supuesto.

—Ya decía yo... Recuerdo su voz, pero hablando de fonemas. Es curioso, ¿verdad?

—He estudiado Filología románica.

Está de pie, apoyada la cadera en el armario de libros; su cabeza oculta precisamente el vaso de ajeno colocado por Picasso ante un joven de cabello largo. La sombra de la pantalla oscurece el rostro de María Dolores, pero no apaga el brillo de sus ojos.

—¡Claro! En clase de Lapesa, seguramente. Sin embargo, mi recuerdo de su cara es menos preciso, y no consigo localizarlo.

—Quizás en clase de Dámaso. De fonemas se hablaba mucho en la clase de Dámaso.

—¡Los purulentos fonemas! Ya, ya. Pero, no. No consigo recordarla. ¿Y usted? ¿No me recuerda?

—Pues, no.

—Yo era bastante conocido en la Facultad. Dirigía un grupo caracterizado por su inquietud social.

Es evidente que, si se prolongasen idealmente las líneas que forman los pliegues del cortinaje en su caída, se reunirían hacia arriba en un solo punto, y se desparmarían por abajo de tal manera que llegarían a abrazar el Cosmos.

—No me interesa la política.

—Insisto, sin embargo, en recalcar un poco esa condición mía de extremista, ¿cómo se lo diré?, un tanto fuera de lo corriente. Soy hombre rico. Tengo negocios.

—Eso, ya me lo dijo Enrique.

—Formaba parte de la presentación. Tengo entendido que usted no recibe más que a personas ricas.

—Y discretas. ¿No se lo dijo también?

Noriega pierde un instante la sonrisa, pero la recoge al vuelo. El pitillo arde solo en el cenicero. María Dolores ha dejado caer los párpados. La prolongación ideal de las líneas del cortinaje forma, en realidad, un ángulo agudo, y el Cosmos, dentro de él, sería como una circunferencia inscrita.

—Si hemos de entendernos, tiene usted que concederme un margen de indiscreción, que no lo es precisamente, sino... un poco de curiosidad intelectual, y también la necesidad de desmontarle a usted la *mise-en-scène*, que conmigo está de más. En el teatro me gusta la escena desnuda.

María Dolores no se mueve, y su mirada sostiene la de Noriega. Sus manos, sin embargo, arañan la superficie del armario.

—Confiese que se siente perpleja.

—Pero no feliz.

—La experiencia, para usted, es nueva. Cuando vienen a verla sus amigos, les ofrece té de marcas exquisitas que a ellos les importa un bledo. Les habla del último discurso del general De Gaulle, del último libro de Butor. Bien. Eso ha contribuido a su rara reputación, e incluso a su cotización en plaza. Pero por primera vez confronta usted sus métodos con un verdadero intelectual. Para mí, Vivaldi, Butor y Picasso son el pan nuestro de cada día, y, si quiere usted, son también etapas superadas.

—¿Es a eso a lo que usted ha venido? ¿A desmontarme la *mise-en-scène*?

—Y también a ver qué pasaba después.

María Dolores hace ademán de ir hacia la puerta, pero Noriega se estira hacia ella, alarga el brazo y la sujeteta.

—No se irrite. No es indispensable. Nada me obliga a llevar la experiencia hasta el final. Además...

—Además, ¿qué?

—Tengo que confesarle que he venido a su casa con varios propósitos. Uno de ellos, preconcebido. El otro, no. El otro se me ocurrió al entrar aquí, al oír a Vivaldi, al contemplar los Picasso de la época azul. Fue una ocurrencia repentina, ¿me comprende? Indiscreta, quizá, como usted dijo, pero por la que le pido perdón.

—¿Y el propósito preconcebido?

Noriega coge la pitillera, la abre, ofrece un cigarrillo a María Dolores. Ella lo rechaza con un gesto. Noriega elige uno, lo lleva a la boca, lo enciende. María Dolores se aparta del armario y se sienta en el sofá, sobre

las piernas. Le quedan al descubierto los tobillos desnudos. Noriega no la mira.

—¿Conoce usted a Fernando Anglada?

—No.

—El director del banco donde tiene usted su dinero.

—Aun así.

—No es ninguna catástrofe que lo desconozca. ¿Sabe que nuestro común amigo Enrique y otros varios caballeros han formado conmigo una sociedad?

—Enrique no suele hablarme de sus negocios. O, para ser más exacto, yo no se lo permito. Es un hombre aburrido.

—Completamente de acuerdo. Un verdadero patán. Pero no mal hombre de negocios. Tiene ese olfato especial, ¿me comprende? Sabe dónde hay dinero y cuáles son los caminos que conducen a él. Enrique ha reunido capitales de muy distintas procedencias: libras, coronas suecas, cierta clase de dinares, y sospecho que un buen montón de dólares adquiridos con rublos. En el mundo de los negocios, una verdadera obra de arte. ¡Con decirle que hasta yo contribuyo con bastantes pesetas! La Sociedad está a punto, lanzaremos las acciones al mercado, pronto empezarán las fábricas a funcionar. Pero, ¡cosa curiosa!, de momento nuestro camino pasa por el antedespacho de don Fernando Anglada. Su secretario particular es un genio de las finanzas, uno de esos hombres raros que de vez en cuando produce el capitalismo. Tampoco lo conoce usted, por supuesto. No lo conoce casi nadie, y poca gente sabe de su existencia. De otra manera, lo habrían raptado ya, lo habrían llevado

a Luxemburgo, y a estas horas estaría dirigiendo desde la sombra el Mercado Común.

Noriega se levanta, se acerca al estante de libros, curioseando un poco, se vuelve hacia María Dolores, queda apoyado en los anaqueles, el pitillo en la mano. La voz de Noriega es clara, insinuante, precisa, abunda en calidades musicales.

—Usted sabe de sobra lo que es el Mercado Común. Al menos, eso dicen sus amigos, de modo que no tengo que darle explicaciones. Un amaño capitalista al que hacen frente rabiosamente otros amaños capitalistas. Si salimos con la nuestra, causaremos un ligero quebranto al Mercado Común...

María Dolores se encoge de hombros. Juntas las manos, aproxima a la boca las puntas de los dedos, las mordisquea. Noriega hace una pausa. El humo del pitillo asciende recto y se deshace en la región de las sombras.

—Ya sé que a usted le trae sin cuidado. De todo lo que produce Europa, lo único que le importa es la industria de lujo francesa, y ésa es tan firme que seguramente un Estado comunista se vería en la necesidad de protegerla e incluso de ampliarla. ¡Ya lo creo! Con una industria así, mi discutible y discutido Kruschew no hubiera tenido necesidad de introducir modificaciones en sus planes económicos para complacer el instinto de las mujeres rusas y su debilidad por las bragas de nylon.

María Dolores se revuelve en el sofá. Apoya en los cojines las palmas de las manos y endereza la postura. Noriega se aproxima, poco a poco, al hueco del balcón, y cata la calidad del terciopelo. La cortina se mueve, los

pliegues se alteran, y el Cosmos cambia —teóricamente— de lugar.

—¿Por qué no va al grano?

—Por razones estéticas. Soy partidario del *tempo lento*. Y antes de ir al grano, como usted dice, tengo que hablarle de Anglada. He visto que tiene usted ahí dos novelas suyas.

—¿Es ése, el novelista? ¿No decía que se trataba del director de un banco?

—Fernando Anglada ha publicado novelas y libros de crítica pictórica; colecciona cuadros, tiene un piso secreto donde recibe menores, quiere ser embajador, quiere ser académico... Lo que se dice una personalidad compleja, una personalidad como un *puzzle*, compuesta de piezas que no acaban de encajar. En otras circunstancias, me atrevería a rogarle: querida María Dolores, entre usted en la vida de Anglada y averigüe quién le escribe los libros, porque estoy convencido de que se vale de un «negro». Pero de momento, la paternidad de los que figuran con su nombre me interesa sólo en segundo término. Lo que vengo a pedirle, después de haber deliberado toda una tarde con nuestro amigo Enrique y con otros caballeros tan importantes como él, es que entre usted en la vida de Anglada para poder llegar hasta su secretario.

Noriega se aparta del balcón y regresa a la esquina de la estantería. La cortina se mueve imperceptiblemente, como si temblase.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Fernando Anglada estima dos cosas por encima de todas: su colección de cuadros y su secretario. Los

cuadros se los enseña a muy poca gente; su secretario, a nadie. Sin los cuadros, la figura de Anglada quedaría incompleta, pero sin su secretario sería hombre al agua. Si Anglada no es hoy el verdadero dueño de las finanzas españolas, aunque él crea serlo, es a causa de su pavor ante cualquier riesgo, y porque ni él mismo puede imaginar lo que haría Vargas con manos libres. Es una suerte para todos que la imaginación de Anglada sea tan pobre y su corazón tan cobarde. De lo contrario, aquí no habría nada que hacer.

Noriega, al hablar, mantiene la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta, y mueve la izquierda, cerrada sobre el pitillo, de arriba abajo: el humo crea en el aire serpientes onduladas, círculos, espirales. Inclina un poco la espalda, y en los ojos y en la boca exhibe todos los matices de su sonrisa. La luz de la lámpara de pie ilumina el tercio inferior de la cortina, sobre cuyos pliegues traza una curva.

—El cuidado que pone Anglada en conservar a su secretario, es explicable. Cualquiera haría otro tanto. Pero ¿cuáles son las razones por las que Vargas ha rechazado las dos o tres ofertas que consiguieron llegar hasta él? ¿Por gratitud?

Aplasta el pitillo en el centro del cenicero, donde todavía humea el anterior. Parece que va a sentarse, pero, después de una vacilación, permanece de pie. María Dolores, encogida en el sofá, le escucha sin moverse. En la esquina de la pared, junto a la puerta del dormitorio, hay una rinconera de caoba y cristal, tapizada en su interior de seda dorada; guarda una tetera de porcelana blanca, probablemente sajona; una curiosa tetera,

encaramada en una columna también blanca, también de porcelana, que arriba se abre para acoger la tetera, y abajo se ensancha en una especie de base con todos los elementos de una columna verdadera.

—Ricardo Vargas tenía dieciséis años cuando empezó la guerra civil. No se sabe que haya hecho durante ese tiempo nada importante o atroz, pero el caso es que fue a parar a la cárcel. Tenía dieciséis años y el Bachillerato. En la cárcel se hizo amigo de un compañero de celda, el profesor Ramos Malvar, que le enseñó Matemáticas. Durante tres años, y sin otra cosa en qué pensar, salvo en la libertad lejana, puede aprenderse mucho, sobre todo cuando el maestro es uno de los mejores matemáticos del mundo. Al cabo de tres años, Ricardo Vargas fue puesto en libertad y, no se sabe cómo, marchó de España y estudió Economía en una universidad francesa. ¿Con dinero político? ¿Protegido por algún amigo extranjero del profesor Ramos Malvar, o por otra persona desconocida? Él lo sabrá. En 1952 regresó a España, también clandestinamente. Tuvo dificultades con la policía, pero nadie pudo probarle que hubiera estado en el extranjero, aunque tampoco él pudiera probar que había permanecido en España. ¿Tenemos que situar en este momento la intervención de Anglada en la vida de Vargas? ¿Le ayudó entonces? Vargas ingresó, en 1953, en el banco que ahora Anglada dirige, pero del que entonces sólo era un alto funcionario. Dos años más tarde, Anglada ascendió y se lo llevó de secretario.

Noriega se interrumpe. Deja de contemplar la alfombra y envía una mirada súbita a los ojos de María Dolores.

—¿Le interesa el cuento?

—Sí.

—Las relaciones meramente laborales entre dos hombres, o entre un hombre y una institución, pueden desbaratarse mediante proposiciones tentadoras. El trabajo de Vargas en el banco debería entrar en el juego de la oferta y la demanda. Pero esas relaciones normales se tuercen o se alteran al intervenir un sentimiento. ¿La gratitud? Me inclino a creer que Vargas, en su época de encarcelado y perseguido, tuvo miedo, y que ahora se siente ligado a quien le sacó del apuro y le dio seguridad, con un sentimiento que me atrevería a titular de animal, y, más concretamente, de perruno. Un sentimiento ciego y muy fuerte. Y ya sabemos que esa clase de sentimientos sólo los desbarata un sentimiento mayor, más fuerte y más ciego todavía. Quiero decir, una pasión, a ser posible sexual.

Se interrumpe otra vez. Saca la mano derecha del bolsillo, la extiende, señala el sofá donde está sentada María Dolores.

—¿Puedo sentarme a su lado?

—Por supuesto.

Noriega rodea la mesilla y se sienta cerca de María Dolores. Ella se encoge un poco más y cruza los brazos por debajo del pecho. Noriega ha quedado ahora frente a la rinconera, cuya posición le exige mantener la cabeza erguida.

—Ricardo Vargas vive en casa de Anglada. Jamás se le ha visto en un teatro, en un cine, de paseo, como no sea con Anglada, pero, entiéndame bien: si están en el teatro, Anglada ocupa la parte visible del palco, y Vargas

permanece en la oscuridad, atento, no a la escena, sino a la posible llegada de un empleado con el último telegrama. Vargas, entonces, no distrae a su señor del espectáculo, sino que responde él mismo.

Noriega alarga la mano y acaricia el tobillo de María Dolores. Ella mueve la pierna bruscamente, pero no la retira. Noriega la mira; ella mira al suelo. Noriega recobra la posición anterior; la mano en el tobillo de María Dolores, la vista en la tetera.

—Por supuesto tampoco se conocen mujeres en la vida de Vargas, ni novia, ni amante, ni siquiera prostitutas. Esto puedo asegurárselo. Y le aseguro también que no sostiene relaciones con ninguna mecanógrafa, ni con ninguna criada de la casa de Anglada. ¿No lo encuentra raro?

—Hay hombres castos.

—Sí. Un hombre en cuya cabeza están metidas las finanzas de todo el universo; un hombre que lleva al día las cuentas del cobre que se extrae de las minas de Katanga y que está al tanto de las luchas internas que sostienen los grandes trusts por la posesión de las materias primas; es decir, un hombre que reduce la economía a cifras y la política a nombres propios no puede conceder demasiado espacio en su imaginación a la vida sexual. Pero ¡alguna vez!... El propio Stalin se solazaba.

Retira la mano del tobillo de María Dolores y la apunta contra ella.

—Un hombre, en esas condiciones, no puede resistir a una mujer atractiva. Si me permite usar un término freudiano, todos los instintos reprimidos se soltarían como un resorte. Vargas debe tener cuarenta años largos. ¿Lo imagina usted aquí, en este sitio, bajo esa mirada,

sonriente y colmada de ofertas, que usted me escatima? ¿Le imagina, más que enamorado, encelado, e incapaz de rechazar las condiciones que usted pudiera imponerle?

—Dejar el servicio de Anglada y entrar al de usted, ¿no?

—Con un gran sueldo, con libertad para tener una amante, con tiempo para llevar una vida humana. Pero no sólo eso. Ya le indiqué antes que Vargas es un genio mal aprovechado. Anglada no se atreve, pero nosotros necesitamos atrevernos. Nuestra empresa es una empresa de riesgo. Casi podría describírsela como una obra maestra, una de esas obras perfectas en los detalles que caracterizan los tiempos decadentes. Yo la llamaría manierista, y usted me entiende. Jamás los instrumentos del capitalismo moribundo han sido más precisos y eficaces, más apasionantes. En el corazón de ese mecanismo, *necesitamos* a Ricardo Vargas.

Una pausa. Noriega espía el rostro de María Dolores. Luego, desvía la mirada hacia la rinconera.

—¿Y yo?

—Cantidad a convenir, pero grande. Instrumentos de acceso —llamémosles así— hasta Anglada, inmediatamente. Libertad de movimientos y de procedimientos. Plazo razonable, y mientras dura la gestión, sus gastos por nuestra cuenta y un discreto anticipo jamás reintegrable. Nos hacemos cargo de que tendría que abandonar su industria.

María Dolores alza los brazos, los estira, los recoge tras la nuca y se vuelve a Noriega.

—No acepto.

Noriega pestaña.

—He dicho: cantidad a convenir, una cantidad grande.

María Dolores menea la cabeza.

—Tengo mi moral.

—Como toda moral, tendrá un precio.

—¿Entiende usted de mujeres? —Se vuelve brusca—
—¿Entiende usted, al menos, de prostitutas?

—Bueno... —un poco embarazado—. Dejémoslo en mujeres.

—Prefiero que lo dejemos en prostitutas. Yo soy una prostituta. Las razones que tenga para serlo, no importan ahora, ni quizás importen nunca. Usted, al entrar aquí, comenzó por destruir lo que llamó mi *mise-en-scène*. ¿Por simple juego? No. Usted se cuidó de darme a entender, desde el primer momento, que venía a tratar comercialmente. Y yo lo acepté. No es lógico que dé usted ahora marcha atrás y pretenda...

—Si la he ofendido, le pido perdón.

—No me ha ofendido.

—¿Entonces...?

—Me ha desafiado.

Noriega ensancha la sonrisa y tiende las manos.

—¡En modo alguno, María Dolores! Nada más lejos de mi intención. He intentado portarme...

—Quizá no sea exacto decir que me ha desafiado, de acuerdo. Entró usted victorioso, y, para divertirse, me destrozó las últimas defensas. ¿No es así? Vivaldi, Picaso... Así quedábamos frente a frente como lo que usted quería que fuésemos; comprador y vendedor.

María Dolores da un salto y queda en pie, ante Noriega. Sonríe y le mira.

—Esta noche no vendo.

Noriega se levanta también, se acerca a ella.

—Me está usted decepcionando.

—Eso no es ninguna respuesta.

—Una decepción estética, un comportamiento imprevisto y que no le va. Está usted a punto de caer en el folletín. Y la escena está ya muy vista; la prostituta que se agarra a una reacción caprichosa para forjarse la ilusión de que conserva una moral.

—¿No me concede el derecho de tenerla?

—Ni me importa ni se lo discuto. Allá usted. Pero sin el menor prejuicio moral sería usted perfecta, estética y sociológicamente.

—Es usted pedante.

—Soy preciso, y hablo un lenguaje que usted entiende. Yo me había construido una imagen de usted... con datos objetivos. No crea que he utilizado sólo la descripción de Enrique. Enrique está deslumbrado, y sus descripciones pudieran pecar de exageradas. Necesitábamos detalles fidedignos, sin pasar por el entusiasmo sexual de un patán. Su conducta ha sido estudiada durante algún tiempo, ha sido interpretada. Nadie hubiera podido prever esta reacción orgullosa y sentimental.

—Algo se le habrá escapado, ¿no?

—Tengo que reconocer que el fallo ha sido mío. He valorado excesivamente unas conclusiones y no he previsto eso que llamé antes reacción caprichosa. La imagine perfecta en su género; inteligente, altiva, fría. Pero ahora lo comprendo y, de pronto, su figura se reorganiza, y mis ideas sobre usted también. Usted es todavía una pequeño-burguesa. Recuerda de pronto que su padre ha

sido militar y que los militares tienen honor y todo eso. Usted no desaprovecha esta ocasión, quizás única, para llevar a cabo un acto del todo inconveniente, pero que su padre hubiera aprobado. Es como si su padre la perdona-se. Me parece una estupidez, pero es una realidad. La acepto y me retiro.

Noriega recoge la cartera abultada.

—Siento no poder invitarle a cenar.

—No aceptaría. Me espera mi mujer.

—Si yo le pusiera, como condición, que me invitase a su casa a cenar con su mujer y con usted, ¿qué haría?

—Mi mujer conserva todavía ciertos prejuicios...

—... que a usted le resultan cómodos, ¿verdad?

Con la cartera en la mano, Noriega vuelve la espalda a María Dolores y contempla la tetera.

—¿Dónde la compró?

—Un regalo.

—¡Ah! Es muy bonita.

—¿Tiene inconveniente en dejarme su dirección?

Noriega saca del bolsillo, parsimoniosamente, un cartoncito blanco, lo agita en el aire, lo deja en la mesa.

—Ninguno. Ahí quedan mi tarjeta y el teléfono de mi oficina. Si cambia de opinión, que sea pronto.

—Quizá no cambie.

Noriega se acerca a la rinconera, alza la mano, acaricia el cristal.

—¿Me deja decirle otra cosa? —pregunta María Dolores.

—Por supuesto.

—También usted tiene su *mise-en-scène*. Y miente. Miente mucho.

—Tenía usted que haber tapizado la rinconera, no de amarillo, de rojo.

María Dolores cierra antes de que llegue el ascensor, y entonces Noriega arruga el ceño y murmura: «¡Putá!». Unos instantes después se oye otra vez el disco de Vivaldi, como lejano y ahogado.

Domínguez entra en el estudio; trae puesta una especie de bata china de seda negra, gruesa y labrada; casquete de lo mismo, y babuchas. De la mano le cuelga un paquetito envuelto en papel de confitería. Verónika dormita en el sillón, encogida como un gato. Miguel traza en un bloc dibujos geométricos. Al ruido de la puerta, Verónika abre los ojos, Miguel levanta la cabeza.

—Hola, hijitos míos. ¿Habéis cenado ya? Se me hizo un poco tarde.

Al llegar junto a Miguel le acaricia la cabeza con la mano libre.

—¿Sigues todavía enfurruñado?

Miguel responde con un gruñido y Verónika se incorpora.

—Os he traído esto. *Marron glacé*.

Deja el paquete encima del tablero y curioseosa los dibujos.

—¿Qué te pasa? ¿No estás conforme con tu hermosa cara?

—Estoy harto de ella, de ti y de mí mismo.

—Tu cara es hermosa, hijo mío, un verdadero milagro de hermosura. Y yo soy feo, pero sabio. También Sócrates fue feo, y sin embargo su sabiduría lo hacía

resplandeciente. Platón y Alcibíades eran hermosos como tú, pero, entre ellos, la cara tosca de Sócrates no desdecía.

Se acerca a Miguel, abraza su rostro, besa su frente y queda quieto, con las caras juntas.

—¿Verdad, Verónika, que por debajo de sus diferencias hay entre nuestros rostros una profunda armonía?

Verónika sonríe rápidamente y vuelve la cabeza.

—Verónika está celosa. No admite que tu rostro pueda ser más hermoso que el suyo, y sin embargo lo es, evidentemente al menos para ojos como los míos, libres de toda pasión. La marquesa de Ponza, a quien acabo de encontrar, preferirá, seguramente, el de Verónika. A propósito, Verónika, se ha quejado de tu abandono.

Verónika no se vuelve siquiera.

—Es una vieja repulsiva.

—Pero sabía, también. La compañía más recomendable para una adolescente como tú. ¿Quieres *marron glacé*?

Abre el paquete, envía por elevación uno de los bombones a Verónika, muerde otro y se lo ofrece a Miguel. Éste lo rechaza. Domínguez se lo come sonriendo. Súbitamente deja de sonreír y cambia el tono de voz.

—¿Has hecho algo hoy?

Miguel se queda envarado, sin mirarle. Verónika se levanta.

—Eso está ya terminado.

Miguel juguetea con unos lápices; Verónika destapa el cuadro y se queda con el trapo en las manos.

—Luz.

Verónika se acerca a los interruptores, enciende, y espera. Domínguez se aproxima al caballete, entorna los ojos.

—Así. Si el padre de Mozart no lo hubiera sometido a la tortura de la disciplina, Mozart no hubiera sido nunca un gran músico. Al arte se llega por el camino áspero del sufrimiento. Hay que aprender y aprender, y seguir aprendiendo. Un pintor nunca sabrá lo suficiente.

Pausa. Da unos pasos más hacia el cuadro, rectifica la postura, contempla.

—Y tú sabes muy poco todavía.

Miguel se estremece, pero no mira. Verónika espía los ojos de Domínguez, las arrugas de su boca, los movimientos de sus manos.

—Un cuadro es como un problema matemático. Dados ciertos factores, hay que llegar al resultado, pero sólo a uno. En arte no hay problemas de varias soluciones.

Estira el brazo y la mano apunta al cuadro.

—Y esto es sólo una aproximación.

Miguel, brusco:

—A mí me gusta.

—¡A mí me gusta! El señorito dice «a mí me gusta» y ya no hay más que hablar. ¿Y qué? ¿Piensas que una obra de arte es como un efebo? ¡Me gusta, y ya está! No, hijo mío. A lo irracional, en arte, sólo se llega cuando lo racional está agotado y superado.

Verónika pasa por detrás del caballete, llega junto a Miguel y le echa el brazo por encima del hombro.

—Un resultado aproximado no es como para reñir. Entiendo que dar ánimos es mejor que quitarlos.

—¿Qué sabes tú?

—De sentimientos, un poco. Si yo fuera Miguel... Domínguez alza las manos con las palmas abiertas.

—¡Si yo fuera Miguel! ¿Cómo puedes imaginar lo que harías si fueras Miguel? Lo que hay en su cabeza y en su corazón no puede caber en los tuyos. Eres una mujer, llevas el sexo retratado en la cara y el deseo en los ojos. Tu vida no es más que eso, sexo desenfrenado, como un gran pulpo. Pero la mirada de Miguel resplandece de genio, y la psicología del genio la conozco perfectamente. —Furioso, de pronto—. No es pedagogía maternal, ¿entiendes? Quiero a Miguel más que a nadie en este mundo, y por eso le someto a la disciplina de la exactitud y de la verdad. Andar con sentimentalismos sería aniquilarlo. Su sensibilidad no lo soportaría.

Verónica permanece firme. Aprieta un poco más hacia sí la cabeza de Miguel.

—Un hombre tiene derecho a un elogio cuando ha trabajado todo el día honradamente.

—Un genio tiene que mantenerse por encima de los elogios. Si yo le dijera que este cuadro está bien...

Miguel se desembaraza de Verónica y salta del taburete. Queda frente a Domínguez y frente al cuadro. Le tiemblan las manos y la punta de la barba.

—¿Quieres decirme qué es lo que no está bien? ¿Por qué no es bueno este cuadro?

Domínguez vuelve a sonreír. Se retira unos pasos. Levanta la mano lentamente y señala el lienzo.

—No te incomodes, hijo mío —su voz se dulcifica, se enternece—; no seas caprichoso. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que eres un gran pintor? Si no lo fueras, no estarías junto a mí, por grandes y seductoras gracias que tuvieras. ¿Que nadie pinta mejor que tú? Eso no hace falta que te lo diga. Pero ser el primero; ser, incluso,

el mejor, no significa que hayas acertado enteramente. Por encima de lo mejor está lo perfecto. Habíamos convenido en que ese cuadro sería una composición en espiral, utilizando la gama fría, y con sujeción a ciertas pinceladas puestas por mí; ésa, ésa y esa otra. También aquélla, creo. ¿Piensas que Tiziano lo hubiera pintado así?

—Yo no soy el Tiziano, ni sé cómo pintaba. Para mí, la pintura empieza con Delacroix, como tú me has enseñado.

—Pero no podemos negar que Tiziano acertó algunas veces. Y si yo te prescribo un trabajo en el que Tiziano fue maestro, será porque espero de ti un acierto semejante.

Retira el brazo y lo deja caer. Luego, su mano busca la de Miguel y la acerca a su corazón.

—El artista tiene que ser, a la vez, ambicioso y humilde. Querer lo perfecto y reconocer los errores, aunque, como en este caso, sean mínimos. Por ejemplo, este violeta. ¿Cómo se te ha ocurrido, hijo mío, meter ahí esa masa violeta? ¿No te das cuenta de que has estropeado el resto de la composición? ¡Ese violeta tenía que ser un azul Prusia!

—¿Un azul Prusia?

El cuerpo de Miguel pierde vigor. La mirada temblona se aparta de Domínguez y recorre las paredes, errabunda.

—Un azul Prusia...

Le cae una lágrima por la mejilla. Domínguez busca una paleta, da unas pinceladas rápidas.

—Míralo ahora...